

lecho de flores, y otras muchas pinturas alrededor, cuya descripción detallada no entra en estos límites.

28. *Cimborrio*.—De las cornisas arrancan cuatro escaleras diferentes, que suben a la gran torre del cimborrio, cuya circunferencia es de 75 mts., con ocho grandes ventanas que iluminan interiormente la capilla mayor. Debajo de la media naranja corre, en forma de balcón circular, una cornisa exterior, a la que se asciende por cuatro escaleras de caracol abiertas en el macizo de los pilares, y desde donde se abarca con la vista todos los edificios de San Lorenzo de El Escorial y un bellissimo panorama. Otras escaleras exteriores suben hasta la linterna que se eleva en medio de la cúpula, y tiene ocho ventanas de 4,50 mts. de altas. Al remate de la lucerna se alza una aguja de piedra terminada en una bola de metal de dos metros de diámetro, y encima de ella una cruz de hierro de dos metros de alta. Hasta el extremo de esta cruz, la altura del templo es de 92 mts. desde el pavimento, y 100 mts. desde el nivel de los cimientos.

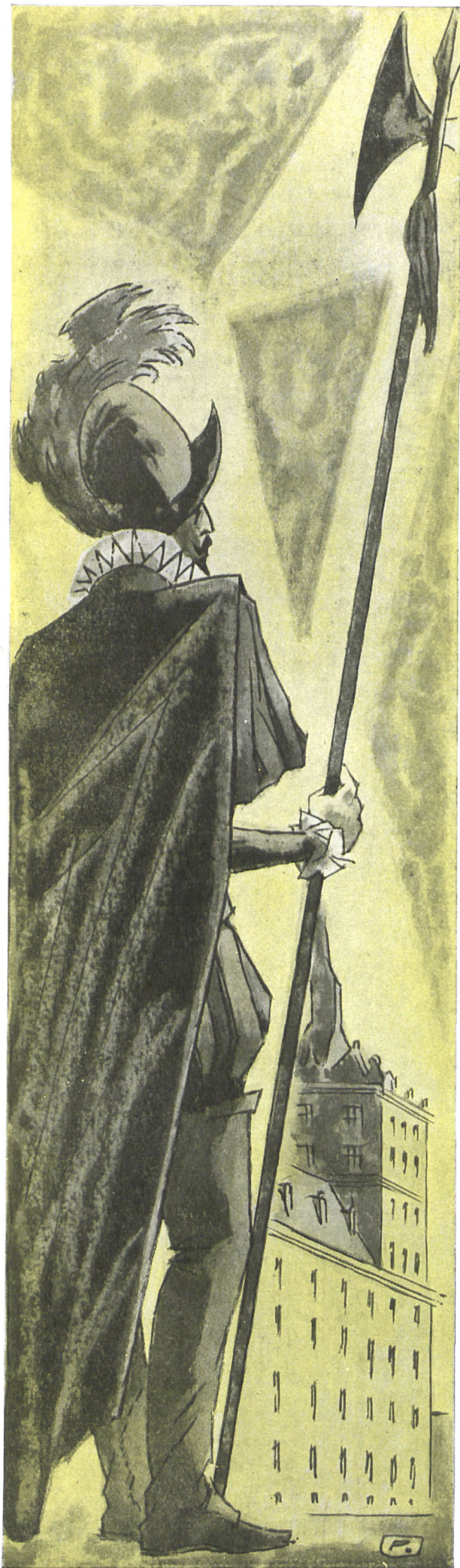
Hacia la mitad de la pirámide del cimborrio nótase un punto luminoso, que es una placa de cobre dorada a fuego, detrás de la cual mandó colocar Felipe II, dentro de una caja de plomo, varias reliquias de San Pedro y San Pablo y de Santa Bárbara. También en las dos agujas de las torres, que están al extremo del patio de los Reyes, hay otras dos cajas de reliquias.

29. *Atrio de la sacristía*.—Por una puerta de cinco metros de altura por dos y medio de ancha, se entra en una sala de ocho metros en cuadro, con pavimento de mármoles blancos y pardos y paredes lucidas de blanco hasta la cornisa, cuya bóveda está pintada al fresco por Granelo. Frente a la puerta anterior hay otra que da a la sacristía; y en el lado O. otra de igual tamaño, que sale al claustro principal bajo. En medio de la pared del E. hay una fuente de mármol pardo con algunos embutidos de jaspe sanguíneo y nichos en la parte superior, de los mismos materiales. A los lados de esta fuente existen dos puertas; la de la derecha da a una alacena; la de la izquierda, a los subterráneos.

Las paredes están adornadas con los siguientes cuadros: la Prisión de Jesucristo, Tránsito de San Juan de Dios, la Adoración de los Pastores, la Incredulidad de Santo Tomás, San Antonio, Sagrada Familia, el Martirio de San Felipe, San Juan Bautista, David y otros de menor importancia.

30. *Sacristía*.—Es una hermosa sala de treinta por ocho mts. que se extiende de N. a S. Al lado de la puerta hay dos alacenas de ricas maderas donde se guardan vasos sagrados. A la banda de Oriente hay cinco ventanas a nivel del suelo que alternan con otras cuatro alacenas y otras nueve ventanas sobre la cornisa, a las cuales corresponden otros tantos nichos en la banda opuesta. En el lado O. corre una magnífica cajonería de ácana, caoba, ébano, terebinto, cedro, boj y nogal, formada de dos cuerpos; el primero, adornado con pilastras, se divide en siete espacios, cada uno con cuatro cajones, tan grandes, que caben en ellos, extendida una capa de coro. El segundo cuerpo, de orden corintio, se apoya sobre la mesa y se forma de columnas estriadas de ácana, sobre las que reposan el arquitrabe, el friso y la cornisa, sostenidos por canecillos de boj. En el centro se hallan el rico espejo, guarnecido de cristal de roca y marcos de plata, regalo de doña María Ana de Austria, madre de Carlos el Hechizado. El pavimento es igual que el de la antesacristía, y la bóveda está pintada por Granelo.





Una colección de originales pinturas, obra de escogidos artistas, adornan esta pieza, pasando por alto su enumeración completa por no hacer más pesada esta descripción. Los más notables son un San Eugenio, del Greco, y, sobre todo, el que cubre la Sagrada Forma, de Claudio Coello, que representa la primera función que se celebró en el altar de la sacristía en tiempos de Carlos II, donde se ven infinidad de personajes retratados con primor y maestría. Carlos II está de rodillas, adorando la Sagrada Forma que lleva en las manos el prior. El retrato del pintor se ve a la izquierda, según se mira al cuadro, de perfil, el primero con patillas.

31. *Altar de la Sagrada Forma.*—Este altar y retablo ocupa el testero S. de la sacristía. Es de jaspe, mármoles y bronce dorados. Ya hice mención de esta capilla en el lugar correspondiente a Carlos II. A los lados del altar se elevan cuatro columnas, y entre las dos del centro se forma una capilla transparente de 5,5 de altura, que sobrepasa la cornisa del primer cuerpo. En los extremos de los intercolumnios hay dos puertas de maderas finísimas, con adornos de conchas y bronce, y los escudos de Castilla y de León; encima, dos medios relieves de mármol representan la entrega de la Sagrada Forma por Rodolfo II de Alemania a los emisarios de Felipe II. En el otro relieve, al citado rey en el momento de recibirla. Encima de la clave de los nichos hay dos águilas de bronce dorado, llevando pendientes de sus picos collares de la Orden del Toisón. Angeles de bronce coronados de laurel y con palmas en las manos existen sobre dicha clave, que termina con un serafín de mármol blanco sosteniendo un tarjetón con una inscripción latina. Sobre cuatro pedestales están cuatro niños en mármol blanco, sosteniendo flameros de bronce. En cada dos de éstos se ve un círculo en bajorrelieve que representa: uno, a los herejes pisando las Sagradas Formas, y el otro, la toma del hábito de San Francisco por uno de ellos, arrepentido.

El vano del transparente está ocupado por el famosísimo cuadro de Claudio Coello ya descrito. Este lienzo, que sirve de velo al Santísimo, se baja a torno hasta el sótano para manifestar al público la Sagrada Forma los días de San Miguel, San Simón y San Judas, dejando a la vista un templete gótico de bronce dorado a fuego. Contiene reliquias, 40 estatuillas y 10 bustos.

La Sagrada Forma se guardaba en una pequeña Custodia, regalo de Carlos II, robada en la pasada guerra con otros objetos de valor, que unos aparecieron y de otros se ignora su paradero. Pero es que además de dicha Custodia había otra, regalada por Isabel II en 1856, cuya parte superior terminaba en una cruz de brillantes y rubíes, constituyendo el nudo un gran topacio, que fué empuñadura del bastón de don Francisco de Asís. Tenía, además, 9.400 brillantes, 8 perlas gruesas, 32 esmeraldas, 127 rubíes, seis amatistas y 25 granates, habiendo sido su coste de 125.000 pesetas. Esta Custodia fué también robada después de la guerra pasada por un vecino de la localidad, que conocía el régimen interior del Monasterio y que descubierto el autor del hecho, fué recuperada dicha alhaja, pero deshecha completamente menos la cruz, que se recuperó entera.

El camarín de la sacristía es una pieza a espaldas de este retablo, cubierta de mármoles, cobres y otros adornos; es obra de Rizi, habiendo sido costeadado por Carlos II cuando se pintó el lienzo de Claudio Coello.

32. *Los panteones.*—Su entrada se halla en el tránsito o paso desde la iglesia a la sacristía. Bajando doce gradas de piedra se encuentra la primera meseta, sobre la que campea una gran ventana, que

da a los jardines del lado de Oriente. De esta meseta arrancan dos brazos, conduciendo, el de la izquierda, al panteón de Reyes, y el de la derecha, al de Infantes.

33. *Panteón de Reyes.*—Descendiendo otras trece gradas por el brazo de la izquierda, se llega a la puerta cuya verja de bronce, dorado a fuego, es de estilo compuesto, leyéndose sobre ella la siguiente inscripción latina, que traducida al castellano, dice así: «A Dios Omnipotente y grande. Sitio dedicado por la piedad de todos los Austrias a los despojos mortales de los Reyes Católicos, que aguardan el día ansiado, bajo el altar mayor, del restaurador de la vida. Carlos V, el más esclarecido de los Césares, deseó este lugar de reposo postrero para sí y los de su estirpe; Felipe II, el más prudente de los reyes, lo diseñó; Felipe III, príncipe hondamente piadoso, dió comienzo a las obras; Felipe IV, grande por su clemencia, constancia y religiosidad, lo agrandó, hermoseó y terminó el año del Señor de 1654».

A los costados de esta lápida hay dos serpientes de bronce sobre que descansa la cornisa. Encima, un arco que no se cierra, dos figuras de bronce representan la Naturaleza desfallecida y la Esperanza, que resucita.

Pasada esta puerta se baja hasta treinta y cuatro gradas más, con tres descansos. El primer descanso tiene, a los lados, dos puertas de ébano y caoba que no sirven más que de adorno, y en el segundo, otras dos; la de la derecha conduce a la sacristía del panteón y a uno de los pudrideros, y la de la izquierda, a otros dos pudrideros y al antiguo panteón de Infantes.

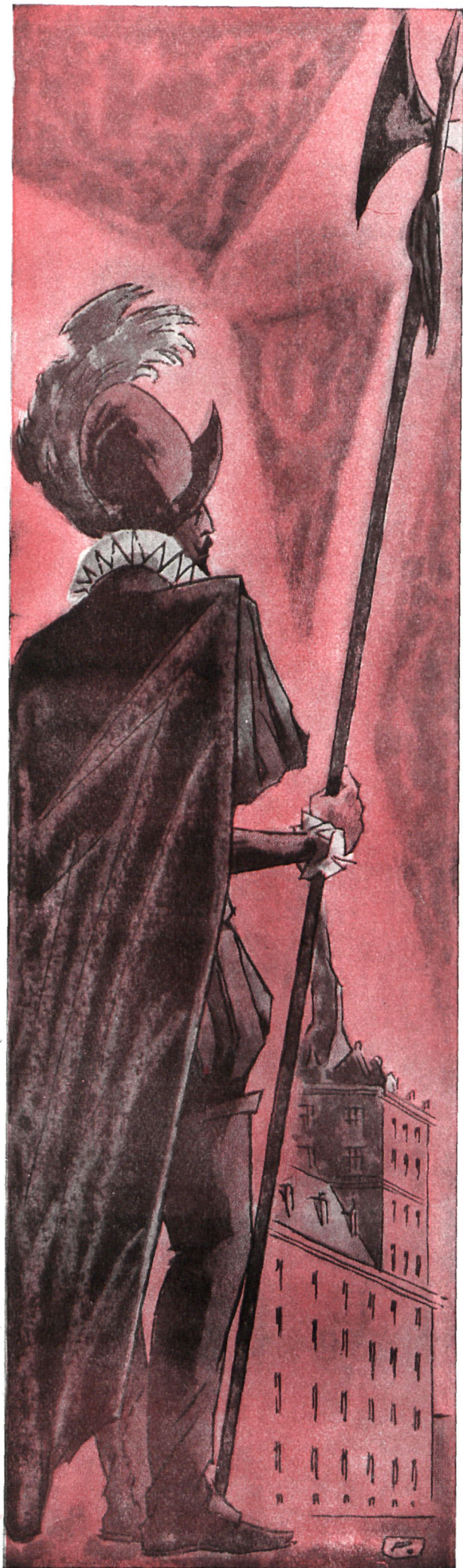
Los pudrideros son tres depósitos sin luz ni ventilación alguna, donde quedan los cadáveres encerrados hasta que se consume la carne y su humedad. Tan luego como el prior, acompañado de algunos monjes, se hace cargo del muerto, los criados sacan de la caja de tisú y terciopelo la otra caja de plomo, sellada, que encierra el cadáver, la cual colocan en el suelo sobre cuñas de madera y la agujerean para que penetre el aire. Los albañiles tabican la entrada de la habitación, y así quedan los restos mortales hasta que se hallan en disposición de ser trasladados a sus urnas correspondientes, sin caja de ninguna clase.

La escalera está revestida de finísimos mármoles de San Pablo de Toledo y de jaspes de Tortosa.

Descendiendo otros siete escalones, se halla un nuevo descanso y otra reja de bronce parecida a la de entrada.

La arquitectura de este panteón es de orden compuesto, algo recargada en comparación con la sencillez de las primitivas fundaciones escurialenses, todo él de ricos mármoles y bronce dorado, repartidos éstos con nimia profusión. El pavimento, de mármoles y jaspes, representa un florón, en el centro del cual parten fajas, que le hacen figurar una estrella. Está construido entre los cimientos de la iglesia y el ara del altar mayor, correspondiendo con la clave de la bóveda. La figura de la planta es poligonal, con 16 lados. El diámetro del polígono es 10 mts. y 5,50 su altura. Por todo el circuito ochavado se levanta, desde el suelo, un zócalo de 75 centímetros de altura y 16 pilastras de jaspes, estriadas, de orden corintio, con bases y capiteles de bronce, sobre las que cargan el arquitrabe, y luego el friso, que termina en la cornisa. De ésta arranca la cúpula. De las ocho lunetas dos sirven de ventanas, que recogen tercera luz del patio de los mascarones, otra da al panteón y otra comunica con el patinejo de la habitación real.

El altar, enfrente de la puerta de entrada, de mármol verde de Gónova, tiene un hermoso y bien labra-





do frontaltar, de bronce dorado, calado, con un bajo-relieve central que representa el entierro de Cristo. Los Angeles, de bronce dorado; la araña y el Crucifijo del altar son muy notables.

La mesa del altar es de mármol negro, guarnecida de bronce dorado.

Los ocho lados mayores del muro están ocupados, uno, por la puerta de entrada; el frontero a ésta, por el altar, y los seis restantes, tres a cada lado, por 24 urnas sepulcrales, de mármol pardo, de 1,78 por 0,84 y 0,70 mts. Descansan todas sobre cuatro garras de león, de bronce dorado. En el centro de las urnas, y en unos tarjetones de bronce dorado, con letras negras reelevadas, se lee el nombre del rey o reina cuyos restos contienen. A la derecha del altar están las urnas de los reyes y a la izquierda las de las reinas, cuyos hijos han sido reyes de España. El coste total de este panteón fué de 321.657 pesetas.

34. *Panteón nuevo de infantes.*—Volviendo al punto donde la escalera se bifurca, bajando por la derecha, y pasados dos rellanos, se llega a la entrada del panteón de infantes, sobre la que se lee una inscripción latina, que traducida, dice así: «A Dios omnipotente y máximo, Isabel II siguiendo piadosamente las huellas de sus antecesores, empezó a erigir, con la munificencia que en su majestad resplandece, este túmulo, consagrado para honrar el augusto parentesco y descendencia de los reyes, a inhumar los restos de las reinas consortes que mueran sin hijos príncipes, y de los príncipes e infantes. Alfonso XII, príncipe de ánimo esforzado, por quien toda España llora entristecida, lo prosiguió religiosamente, aunque sorprendido por la muerte, no pudiera concluirlo. Reinando Alfonso XIII, su prudentísima madre, María Cristina, ínclita Regente por su hijo del Reino de las Españas, continuándolo santamente, con la ayuda de Dios, lo completó, perfeccionó y terminó con toda felicidad el año del Señor de 1886.

Se pensó que fuera tan rico como el de los reyes, cosa que no se ha llegado a verificar porque el panteón real supera en riqueza y majestad al segundo, aunque éste sea, como es también, una verdadera obra de arte. El sitio elegido fué unos grandes sótanos situados debajo de la sacristía, empezándose las obras el 7 de mayo de 1862, terminándolas a los veintiséis años, el primero de marzo de 1888, siendo su coste de un millón ciento setenta y cinco mil pesetas.

Pasada la puerta del panteón, en la última meseta, hay una ventana a la izquierda y una puerta a la derecha que da a un pudridero.

Nueve son las cámaras sepulcrales; cinco debajo de la sacristía; otra, debajo de la celda prioral, y tres debajo de las salas capitulares. Los muros están cubiertos de mármol blanco, con pilastras, y los entrepaños, de mármol sanguíneo. Las bóvedas son de granito y los pavimentos están solados de mármol blanco de Carrara y gris de Bardiglio. Todas las cámaras tienen su altar correspondiente, de mármoles escogidos.

Cámara primera.—Sobre uno de sus sepulcros descansa una estatua orante de Isabel II, de tamaño natural, en bronce dorado, y otras dos, de mármol de Carrara, de tamaño natural. El cuadro del altar es el Descendimiento de la Cruz, de Cagliari.

Cámara segunda.—Tiene doce sepulcros vacíos.

Cámara tercera.—En el centro hay una severa cumba de mármoles oscuros, sin duda lo más suntuoso del panteón de infantes, aunque demasiado grande para lo reducido del sitio. En esta tumba está enterrada la infanta María Teresa.

Cámara cuarta.—Nada de particular.

Cámara quinta.—Sepulcro de don Juan de Austria, el hijo natural de Carlos V. Está en el centro de la cámara; sobre él yace su estatua, de tamaño natural, vestida con armas de guerra, con el Toisón de Oro, y la espada entre las manos. Todo es de mármol de Carrara.

Cámara sexta.—El centro lo ocupa la rotonda o mausoleo de párvulos, poligonal, de veinte lados, de mármol blanco de Carrara, sobre zócalo de mármol oscuro. Tiene sesenta nichos, estando ocupados unos treinta y seis. En el altar hay un cuadro de la Sagrada Familia, de Lavinia Fontana. En el tránsito de esta sala a la siguiente se ven cuatro heraldos de mármol blanco, de tamaño natural, en actitud de guardar la entrada.

Cámara séptima.—Nada de particular.

Cámara octava.—Idem íd.

Cámara novena.—Idem íd.

Tal es la descripción del magno Monasterio y panteones reales expuestos a la luz del día y rodeado del bullicio que en pos de sí llevan los visitantes; pero si interesante es la visita diurna (única que se permite) lo es mucho más la nocturna, alumbrados solamente con una lámpara portátil, según tuve la suerte excepcional de efectuar un cierto año, y cuyas fantásticas impresiones de aquella grandeza, de su concavo silencio, del misterio de los panteones en la semioscuridad y la gran soledad que en este inmenso «testamento de piedra» me rodeaba, depósito de tantas testas coronadas, me trajo a la memoria el Miserere que Núñez de Arce dedicó, en una noche tal vez también vivida allí mismo, al gran Monasterio y sus silenciosos moradores de ultratumba.

A continuación se publica una pequeña antología sobre El Escorial, recogiendo las alabanzas formuladas por distintas personalidades sobre el Monasterio.

El fraile Jerónimo José de Sigüenza, en aquel libro suyo donde se recoge la historia de la Orden, que escribió en 1599, dice de este grandioso monumento que es el Monasterio:

«... la ilustre fábrica del Monasterio de San Lorenzo el Real, que, sin agraviar a ninguna, osaré decir que es de las más bien entendidas y consideradas que se han visto en muchos siglos, y que podemos cotejarla con las más preciosas de las antiguas, y tan semejante con ellas, que parecen partes de una misma idea. En grandeza y majestad excede a cuantas ahora conocemos, ni se rinde a alguna de las antiguas (no hablo de las sagradas ni de las claramente fabulosas, porque no hay comparación en lo que es de diverso género); la materia y la forma tan bien avenidas y buscadas para los menesteres y fines, que de cualquiera otra, o fuera superflua o ambiciosa. La entereza de las partes, tan cabal y tan hermanas entre sí, que ninguna se queja ni agravia haberse descuidado en ella. De aquí resulta una hermosura grande en todo el cuerpo; de suerte que los que ahora la vemos y gozamos tenemos quitado el deseo de cuanto celebra la antigüedad, y contemplamos en ella y aprendemos con sola su vista una infinidad de primores, que se entiende mal por las relaciones de los antiguos, ni por los vestigios de lo que, con el ansia de alcanzarlos, han descubierto estos adoradores de la antigüedad en las provincias de Asia y Europa.»

Lope de Vega, nuestro excelso poeta, también dedicó sus elogios a la gran obra filipense:

*Si quando aquesto dijo el Castellano,
la máquina estuviera fabricada
por el prudente Rey Filipo Hispano
al abrasado Aragónés sagrada:*





*Si aquel insigne templo soberano
donde la arquitectura está admirada,
consumiendo su fuego en las parrillas
las siete celebradas maravillas...*

*... ..
Dezir pudiera bien, que su grandeza
es la mayor del mundo.*

Gracián, en el siglo XVII, dice:

«... aquel gran templo de Salomón Católico, asombro del hebreo, no sólo satisfacción a lo concebido, sino pasmo en el exceso..., la ostentación de un real poder, un triunfo de la piedad católica, un desempeño de la arquitectura, pompa de la curiosidad ya antigua, ya moderna, el último esfuerzo de las artes y donde la grandeza, la riqueza y la magnificencia llegaron de una vez a echar el resto.»

Unamuno cantó y admiró El Escorial, con estas palabras:

«... mi vista descansaba en las líneas puras y severísimas del Monasterio de El Escorial; en aquella imponente masa, todo proporción y todo grandeza sin afanosidad.»

Muchos escritores actuales han cantado también el Monasterio. He aquí versos de un poeta contemporáneo:

*Esa desarrollada geometría
fue junto a la pirámide, y acaso
el Panteón medida fue tan sólo.*

*Equilibrio fugaz en claro ritmo;
no contar corazones, por ventanas
o en ellas para el sueño hallar la cuenta.
No sumar con sollozos o sonrisas
ni el paso abandonar del horizonte
y hallar un infinito en la mente.*

*La piedra se reseca en la montaña
y se ablanda en el valle de la idea,
hinchida en la humedad del alma misma.*

*No os permitáis ni sombras ni misterios,
ni el romántico dolmen sensitivo
que se finge asentado sobre el aire,
junto al adiós de un derruido arco.*

*Se exige aquí para taller a medidas,
frente al rival paisaje de las piedras,
el atento cuidado del oído.*

*Cuando la mano es sólo ya salmodia
que acaricia el secreto cubicado
y da la alarma astral al mundo entero,
si resbala una línea hacia la masa
o la idea florece sin el cálculo.*

EL CONVENTO

1.º *Portería principal.*—Vueltos otra vez al Patio de los Reyes, entremos por la puerta de la derecha que hay al final, debajo del pórtico de la iglesia, y encontraremos la primera pieza, que es el recibidor, llamada también «Sala de los Secretos», por el fenómeno acústico, que consiste en hablar en una pared y oír en la opuesta, sin que se enteren personas colocadas en otros lugares. El techo es abovedado, de piedra, y el recinto hállase iluminado por una ventana que da al patinejo de la izquierda. Al fondo hay una puerta que comunica con una sala, de 16 por 10 metros, en cuyo testero hubo un cuadro de Ribera representando la Santísima Trinidad, nombre que lleva la sala, considerada como de espera; la puerta de la izquierda da paso al

2.º *Claustro principal bajo.*—El claustro principal consta de dos pisos, alto y bajo, formando en su interior un gran patio con dos órdenes de bella y elegante arquitectura. En cada lado hay 24 pedestales, de 1,40 metros de lado, y entre ellos se forman 11 arcos con claros intermedios de 2,80 metros de ancho. Los que miran al patio están cerrados con ventanas de grandes vidrieras, y, al fresco, muchas escenas de la vida de Cristo y de la Virgen, pinturas de Luqueto, Pellegrini Tibaldi y de su hija Jerónima.

En los cuatro ángulos de este patio se forman ocho nichos, o capillitas, dos por cada lado, con otras tantas pinturas al óleo, de estimación y precio, sobre tablas, las cuales se cierran con puertas de dos hojas, pintadas por ambos lados. Entre éstos y los fres-

cos de las paredes forman 46 pasajes del Nuevo Testamento, desde la Concepción de Nuestra Señora hasta el Juicio Final. Todas estas pinturas se deben a los pinceles de Pellegrini, Tibaldi, Cambiaso Luqueto, Carvajal, Romulo Cincinato y Barroso.

3.º *Patio de los Evangelistas.*—En el centro del claustro bajo existe un patio ajardinado, obra de las más bellas del edificio. Forman un cuadro de unos 46 metros de largo. La arquitectura de las fachadas tiene dos órdenes: dórico, en el primer cuerpo, y jónico, en el segundo, labrados todos con esmero. Le sirven también de adorno las 88 ventanas que llenan los claros de los arcos. Por encima del segundo cuerpo corre un lindo antepecho, que corona todo el patio. Doce cuadros recortados de boj, figurando diversos dibujos, y sembrados de flores, sirven de verde esmalte a este precioso fondo. Tiene además, en el centro, cuatro estanques, en medio de los cuales se eleva un hermoso templete de figura octógona, labrado exteriormente en piedra berroqueña y revestido el interior de mármoles y jaspes de varios colores y matices de orden dórico. Sírvenle de adorno en los lados las estatuas de los cuatro Evangelistas, de mármol blanco de Génova, por Monegro, con los atributos y algunos textos de sus propios Evangelios en hebreo, griego, latín y siríaco. Delante de las figuras hay cuatro fuentecitas, cada una de las cuales alimenta el estanque de su lado.

4.º *Salas Capitulares.*—Lindan estas salas con el lienzo S. del claustro bajo, en cuyo centro está la puerta que le sirve de entrada. Compónese de cuatro bellísimas piezas, de mucha claridad; una, en medio, que le sirve de antecámara o zaguán, y dos grandes salones a los lados, con otra sala pequeña, contigua al salón grande.

Tiene el zaguán ocho por nueve metros, con tres ventanas, rasgadas al piso del pavimento, y otra en medio, sobre la cornisa. De la cornisa arriba están pintadas, así las bóvedas de esta pieza como las otras tres de las inmediatas, por Granelio, Tabarón, Horacio, Cambiaso, Castelló y Urbino, con lindísimos grotescos representando invenciones, juguetes y caprichos agradables; fínjense muchos follajes y resaltos de clarooscuro, que van formando divisiones, cuadros y compartimientos por toda la vuelta de las bóvedas; en los claros, marcos y fajas se ven multitud de figuras, sátiros, silvanos o dioses de la selva, ninfas, leones y tigres, mezcla y compuestos fantásticos de todos; aves extrañas, paños de diversos colores, tendidos unos, plegados otros; ligerísimos colgantes, medallas, trozos de arquitectura, frontispicios, cornisas, cúpulas, templetos sostenidos falsamente sobre palillos, frágiles y endebles; y en otras partes, ángeles, virtudes y ninfas, sembrado todo, acá y allá, con buen gusto y mucho orden en la composición y ejecución. En el claro y cuadro que se forma en medio de este zaguán, se figura un cielo abierto con sus nubes, por donde bajan algunos ángeles con coronas de laurel en las manos, y en los nichos que se hacen sobre las puertas y ventanas, se ve a Job llagado, y varios Profetas con otras figuras, follajes y grotescos. Las salas grandes laterales a esta pieza tienen 22 por 9 metros, todas bien soladas de mármoles blancos y pardos.

Cada uno de los «Capítulos», que así se les llamaba por su destino a las piezas mayores, tiene 14 ventanas al mediodía, puestas en dos órdenes; siete rasgadas al piso del pavimento, y siete sobre las cornisas, correspondiendo a éstas otras tantas cerradas, formando a manera de nicho al lado N. En el testero de la sala derecha según se entra, hay un altar en el hueco de una puerta figurada, con un cuadro de

